

DEMASIADO TA

LOS "cien días" primeros de un Gobierno o de un Jefe de Estado constituyen un cierto mito político y periodístico procedente de Estados Unidos. Se viene a considerar que esos primeros cien días son una clave de su capacidad de reformas y de apertura de nuevas vías. Han transcurrido los cien días de la situación establecida desde la sucesión en España, y se pretenden hacer balances. Este sistema de pesas y medidas no vale aquí. En Estados Unidos, un Presidente que llega al poder lo hace mediante un cuidado y secular sistema de elecciones, balance de poderes y continuidad, y previendo para el futuro otras elecciones y una misma continuidad. Sus cien días son cuestión de matices y de estilo personal. Un paso dentro de la normalidad. Lo sucedido en España tiene, en cambio, un carácter histórico irrepetible. Eramos un país atípico, seguimos siéndolo. Sin embargo, cualquier fecha es buena, cualquier alto es bueno para pararse y reflexionar en torno a lo sucedido y a lo que puede suceder. Sin olvidar que no hay previsiones válidas para lo que pueda suceder. En la calle se repite con mucha frecuencia que aquí "puede pasar de todo". Es algo desgraciadamente cierto, y algo que se debe apuntar en el saldo negativo de estos cien días. No nos han dado ninguna seguridad. A nadie.

EN los analistas de este período, aun en los que parecen más identificados con él o más optimistas, hay como una sensación de que hay un proceso de retraso y de contención de las reformas. Probablemente es un error de apreciación: las reformas se expusieron ya con un considerable retraso. No son ni siquiera fruto de la nueva situación: venían permeabilizando la vida real del país desde años antes, con sus consiguientes frenazos oficiales y extraoficiales. La sublegalidad —¿o superlegalidad?— no se aventaja a ellas fácilmente. Y se aviene cada vez menos. La nueva situación española tras la sucesión tuvo en un momento determinado todas las posibilidades en sus manos y las dejó perder. Ni siquiera se atrevió a enunciar unas reformas profundas y trascendentes: apenas pasó de la repetición mesmerizante de la palabra **democracia**, a la que podía darse el sentido de una droga: un sueño sin relieves reales. El mensaje inicial de la Corona no fue enteramente recogido por su primer Gobierno.

NATURALMENTE. Es difícil que se lance a fondo a producir unas reformas democráticas un Gobierno constituido por ministros que no son demócratas y que sólo pueden sentir la democracia como una hipótesis de trabajo, o como un deber fastidioso de escolar al atardecer, pero no como una aspiración de su propia personalidad. Esto no hay ni siquiera que reprochárselo a ellos. Los políticos suelen creer que sirven para todo, como profesionales de algo. No es verdad. Parlamento, partidos políticos, prensa libre, reunión y manifestación sin trabas ni permisos, Gobierno responsable ante el Parlamento y la opinión pública, sufragio universal, son valores que muchos de los ministros —comenzando por el pro-

pio presidente del Gobierno— han combatido con las armas o con la dialéctica en su juventud, jugándose la vida —y la hacienda— en ese combate; otros, más jóvenes, han aprendido a repudiarlos en las escuelas propias de su casta, en el seno de sus familias, en las enseñanzas de sus mayores, combatientes, y aun en sus lecturas preferidas. No es fácil que estas personas lleven su buena voluntad y su convencimiento, sincero en muchos de ellos, de que la solución actual del país responde a una necesidad democrática hasta el punto de implantarla. Ni pueden ni saben. Algunos, ni quieren. El hecho de que hayan sido seleccionados y nombrados precisamente por esta condición que idealmente les daba una condición de puente es mucho más negativo que positivo. Por eso estamos donde estamos.

PERO, ¿dónde estamos? En un punto muerto. No se avanza. La clase dominante de la sociedad es la misma que durante los cuarenta años pasados y tiene miedo. Si hay un partido gobernante, es el partido del miedo. Un país que ha sido muy pobre y que sin llegar a ser rico está a punto de despenarse en una nueva pobreza por mala administración de sus bienes y por acaparamiento de ellos es un país donde la concurrencia por la riqueza y por el predominio político es muy dura, muy áspera. Muchas veces, sin escrúpulos posibles. A veces, la seguridad económica se limita a un puesto pequeño conseguido de cualquier manera. Para estas personas que forman la minoría dominante, el partido del miedo, lo que se juega en unas reformas avanzadas es algo así como su subsistencia. Temen ser desplazados, arrollados, separados. Hasta perseguidos. En un primer momento se resignaron como pudieron. Ahora están combatiendo descaradamente la reforma aun tímida. La están saboteando desde dentro, están tratando de retrasar a unos ministros que no tienen demasiado espíritu para adelantarse. Están haciendo entre sí mismos una propaganda catastrófica. Para estas clases que se consideran amenazadas, cualquier solución colectiva, incluso las exigidas para un restablecimiento económico general, como la aceptación del renuente Senado americano del tratado de bases por dinero, o el ingreso en el Mercado Común mediante una reforma parlamentaria y económica, es una amenaza sobre lo que consideran su clase. No son capaces de ver más allá. Sólo tienen miedo.

LA influencia de estos grupos minoritarios pero fuertes y activos sobre el Gobierno es tan fuerte, que el Gobierno se contradice a sí mismo. Sus actos represivos son más frecuentes que los permisivos. Sus proyectos de Ley son recortados y asustadizos. Y están tomando una actitud de defensa absurda, porque se defiende precisamente de aquellos que favorecerían sus reformas para alinearse con los enemigos de ellas. Está continuamente haciendo guiños de entendimiento a las clases continuistas, inmovilistas. Como éstas continúan en sus protestas y su campaña, los guiños se acentúan hasta convertirse en muecas, y esas muecas agitadas y nerviosas son ahora, a los cien días, el rostro más visible del Gobierno.

RDE

Con ellas están destruyendo la suave y laboriosa campaña de convencimiento que han querido hacer en el extranjero. Los sucesos de Vitoria han sido enormemente graves para la campaña exterior. Lo son hechos menores. Por ejemplo, que por primera vez en estos cien días, el Gobierno haya decidido aplicar una vez más las salvajes medidas de suspensión de cuatro meses de dos publicaciones. Al aceptar el hacer el guño de convivencia a sus propios saboteadores, creyendo que por aludir a la moral pública estaban justificados, han demostrado, una vez más, que la libertad de prensa es algo demasiado fuerte para ellos. El principio justo es el de que sean los Tribunales los que analicen las posibles extralimitaciones de los periódicos. Al recaer en la sanción salvaje, no han castigado a dos revistas: han asumido un precepto antidemocrático. Esto está sucediendo todos los días en otros órdenes de la vida diaria. El daño político que se causa es infinitamente mayor que el supuesto beneficio a la sociedad. Siguen perdiendo.

SE está hablando estos días de la necesidad de un pacto entre el Gobierno y la oposición. No se debería engañar a nadie acerca del resultado que este pacto podría conseguir. Un pacto entre el Gobierno y la oposición no tiene sentido, a menos que la oposición pudiera figurar como Gobierno mismo, bien a partir de ahora, con la fórmula siempre interesante de un Gobierno de "salvación nacional", que parece imprescindible para situaciones excepcionales, bien con la posibilidad futura de un Gobierno formado por lo que ahora es la oposición, toda o en parte. Los mecanismos gubernamentales no tienen nada previsto en ese sentido, y los programas de gobierno no dejan entreverlo. Al margen de esto, parece entenderse que un pacto con la oposición supondría el final de los conflictos sociales y la apertura de una tregua. Es en esto donde no se debe engañar al Gobierno ni la oposición. Los conflictos sociales, que todas las fuerzas —incluso editoriales que quieren ser objetivos o desearían ser imparciales— que forman el poder en el país achacan a maniobras de la oposición, y preferentemente de la oposición comunista, son en realidad muy espontáneos. Todo lo que no sea comprender que en la contracción económica actual se está legislando y administrando contra los intereses de la mayoritaria clase trabajadora —incluyendo en ella desde el peón hasta una clase media muy amplia— y en favor de unas soluciones capitalistas que, por otra parte, espantan a los capitalistas inteligentes, es desconocer el alcance de la agitación social. Naturalmente que los partidos de la oposición, los relativamente legales y los relativamente ilegales, participan en ellos. Pero no conseguirán detener ese tipo de movimientos reivindicativos si no es sobre la base de un nuevo planteamiento de la economía nacional y del Gobierno. Si hay un pacto entre Gobierno y oposición alguna vez, ese pacto habrá de servir no para una tregua, que no hay tiempo ni lugar para ella, sino para la formulación de un auténtico programa de reformas políticas, sindicales y económicas, todo lo profundo y todo lo valiente que sea preciso. El moderantismo no puede tener

lugar cuando la situación es extrema. Pero el partido del miedo no lo va a permitir.

SE están formulando estos días, precisamente en este centenario de jornadas, rumores de crisis. Hasta eso se ha heredado del régimen anterior: el rumor de la crisis. Consideremos que ese rumor siempre ha estado fundado en una realidad: una inadaptación del Gobierno que fuese a la realidad del país. Una de las bases de estos rumores está en las largas entrevistas del Rey con los vicepresidentes señores Areilza y Fraga, tan urgentes que modificaron la necesidad de su presencia en la "comisión reformadora". Se está atribuyendo al Rey, sobre todo desde su mensaje al Consejo del Reino, la posición de urgir precisamente que las reformas sean más abundantes, más definidas y más rápidas. De sus propias palabras se ha desprendido su decisión de realizar por él mismo aquello que la Constitución le permite y que el Gobierno no llega a hacer. Ciertamente que sería menos comprometido para la Corona precipitar un nuevo Gobierno con más capacidad que el actual para realizar esas reformas, si es que aún es tiempo y si es que ya basta con reformas. Si esto es así, se ve claramente que hay mayor conocimiento y mayor información de la realidad en la joven persona que ocupa el trono que en estos senatoriales, cansados, autoritarios, contradictorios ministros que han formado su primer Gobierno. Cuajará o no el rumor de crisis ministerial: la realidad es que hay una crisis profunda en materia de gobierno en este país. La realidad es que el Gobierno no ha sido capaz de seguir la línea marcada por la Sucesión, de seguir sus propias palabras y de garantizar su propio orden.

LA posibilidad de que de una crisis pudiera salir, aun en contra de lo que parece ser la voluntad real —y solamente recogemos lo que otros interpretan, puesto que no tenemos proximidad ninguna con el Rey ni sus consejeros—, un Gobierno más a la derecha, más inclinado hacia el partido del miedo y más dentro de él, no debe ser excluida. En un sentido inmediato, podría ser funesto para ciertas esperanzas y para la conveniencia de la imagen exterior. En un sentido a largo plazo, no haría más que precipitar una situación donde las reformas no fueran ya reformas, sino novedades enteras. Hay cosas irreversibles. Sin duda, el partido del miedo no lo sabe todavía, pero la única forma de que sus posiciones vitales estuviesen garantizadas es asumir las reformas y aceptar que no todo puede ser tan cómodo para ellos como en el pasado. De otra forma, su miedo actual estará justificado: habrán calado, precisamente por el miedo, en la situación sin salida que ahora tratan de evitar.

LO que puede considerarse al cabo de estos cien días es que hay una decepción considerable en los círculos reformistas, y que no parece que el actual Gobierno pueda ya seguir representando un papel en el que ha fracasado de manera tan visible, pese a su buena voluntad. El retraso en el tiempo les ha perdido.